

dos verbales que con toda precision dicen uno lo primero y otro lo segundo. Igualmente con dos verbales distintos se expresa el término ó resultado final y perfecto de la accion de un verbo cuando este término ó resultado se considera activamente y cuando se mira pasivamente, evitando de este modo multitud de ambigüedades en que por falta de nombres apropiados para una y otra cosa incurren varias lenguas de Europa y aun el Griego; v. g. diciendo *conocimiento del hombre* puede entenderse ó activamente el que el hombre tiene de las cosas, ó pasivamente el que otros hombres ú otros seres racionales tienen de él. El Mexicano en este y en otra infinidad de casos semejantes habla sin ninguna ambigüedad.

Esta lengua en la atribucion del género á los nombres sigue rigurosamente la idea filosófica de lo que es género y solo lo atribuye á seres que tienen sexo. Inculca la distincion entre las personas y las cosas con palabras destinadas solo para hablar de las primeras, y palabras que no se usan sino cuando se trata de las segundas. Jamas deja de espresar la relacion así como tambien si ésta es á persona ó á cosa. En la imposicion de los nombres es tan razonada que muchos de ellos son verdaderas definiciones ó descripciones muy filosóficas que expresan ya la naturaleza, ya las propiedades características de los objetos. Pudiéramos todavia presentar otras cualidades muy apreciadas de la lengua mexicana en la manifestacion del pensamiento; pero nos alargariamos demasiado: baste decir que á causa de ser tan abundante y filosófica es por carácter precisa, clara y sobremanera expresiva.

La regularidad es otra de las propiedades de la lengua mexicana. «Esta lengua, dice Aldama, es una pura etimología y no tiene la multitud de anomalías que la española, sino que es muy natural y regular en sus derivaciones, de lo cual se infiere que con ver una voz en el vocabulario ya sabrás otras voces que de aquella se derivan, y otras de donde aquella nace.»

Pasemos ahora á la expresion de los afectos. ¡Qué distancia en esta parte de la lengua mexicana á otras muchas lenguas antiguas y modernas que figuran en el rango de las cultas! No solo encontraremos en la mexicana los medios comunes de las demás para manifestar los afectos del alma, sino que estos mismos medios comunes los hallamos mas eficaces y perfectos en el Mexicano, por su riqueza en toda clase de palabras, por su abundancia en verbos, participios, verbales y adverbios intensivos, por la fuerza de sus comparativos y superlativos, por la amplitud de sus composiciones con que tanto realza la expresion excediendo sobre manera á otras lenguas. Además tiene el Mexicano sus formas reverencial, afectuosa y contemptiva de las cuales se reviste toda ésta lengua respectivamente segun que el alma se halla poseida de respeto, de amor, de desprecio, de indignacion. Estas formas además de hacer el lenguaje altamente expresivo y enérgico en la manifestacion de los afectos, tienen otras dos cualidades por las cuales se elevan sobre los modos apasionados de hablar que tienen otras lenguas: la primera es que importan esencialmente inteligencia y moralidad, porque manifiestan el afecto no como un simple sentimiento del corazon, sino como sujeto al juicio de la razon, es decir, como que se respeta ó venera lo que en sí es digno de respeto ó veneracion y debe ser respetado ó venerado, que se desprecia lo que en sí es digno de desprecio y que por lo mismo debe ser despre-

ciado. La segunda cualidad es que estas formas siguen el desarrollo natural de los afectos sin violencia y con filosofía, expresándolos en todo aquello en que el alma los vá experimentando, sin confundir el afecto en cuanto corresponde á una cosa y en cuanto corresponde á otra, ni aun en las mas necesarias composiciones, como es v. g. la del verbo con su sujeto, así se vé en los verbos reverenciales que siempre tienen dos notas de reverencia, una propia del verbo y otra propia del sujeto y no sirve á los dos una sola nota, porque en realidad hay en el alma dos movimientos uno con que se respeta al agente y otro con que se respeta su accion, los cuales expresa distintamente la lengua mexicana. Lo cual es por cierto muy digno de notarse, pues siendo así que al hombre que está vivamente afectado aun se le dispensa la severidad de la filosofía de la locucion, la lengua mexicana ha podido hermanar esta severidad con la expresion espontánea y patética de los afectos. Esto proviene de que las formas de hablar de que venimos tratando expresan los afectos como sujetos al dictamen de la razon.

La riqueza de la lengua mexicana se descubre bastantemente por lo que queda explicado; sin embargo diremos en compendio que esta se ve 1.º en que en cada una de las partes de la oracion ó del discurso es abundante la referida lengua, como cualquiera puede con facilidad observarlo en las diversas clases de nombres y pronombres, en la multitud de modificaciones de los verbos en que excede con mucho aun al Latin y al Griego, en los participios, en tantas especies de verbales, de adverbios, etc. 2.º En el interesantísimo oficio que tienen en ella sus muchas particulas que como se ve en la Gramática, son distintas de las otras partes de la oracion, y precisan, modifican ó cambian el significado de estas segun se va necesitando en la locucion, haciendo mas clara y expresiva la manifestacion del pensamiento: 3.º En la grande abundancia de voces que tiene para expresar no solo las cosas materiales, sino tambien las abstractas y espirituales. De lo primero es una prueba, dice Clavigero, la Historia natural del Dr. Hernández en que se describen mil doscientas plantas del pais, mas de doscientas especies de aves y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de insectos y de minerales, y apenas se encontrará alguna cosa que no tenga nombre propio en Mexicano. Lo segundo se manifiesta por el catálogo de voces que significan cosas metafísicas ó morales y que por vía de ejemplo trae Clavigero, y porque por la abundancia de estas voces pudieron traducirse al Mexicano aun libros de la Sagrada Escritura, como los Proverbios y los Evangelios, y tambien otros libros de elevada doctrina religiosa, lo cual no podria hacerse sin un vasto caudal de palabras que signifiquen cosas espirituales. En fin se prueba esto mismo porque las altísimas ideas de nuestra Religion se encuentran bien explicadas en Mexicano y á veces con mas energía y propiedad que aun en Latin, como puede verlo cualquiera en las obras catequísticas de los escritores inteligentes en esta lengua: 4.º Aparece la riqueza de la lengua mexicana en la abundancia de sus derivaciones de que antes hablamos: 5.º Se ve la riqueza de la lengua mexicana en que en ella no está reducido el que habla á usar las palabras de un diccionario, como sucede en otras lenguas, sino que sujetándose á reglas generales, hace por sí multitud de combinaciones componiendo las palabras primitivas para el interesantísimo objeto que antes se explicó: 6.º Se vé esta misma riqueza del Mexicano en que este tiene mas me-

dios que otras lenguas para distinguir las personas de las cosas, y en que en sus formas intensiva, reverencial, afectuosa y contemptiva que son en él tan perfectas, presenta infinidad de recursos para expresar muy al vivo, no solo los pensamientos sino tambien los afectos del alma.

Muy lejos hemos estado de la pretension de presentar en estas líneas el cuadro completo de la filosofía y de la riqueza de la lengua mexicana: solo hemos hecho algunas indicaciones para que pueda formarse idea del mérito filosófico de esta lengua, muy digna por cierto de ser conocida. Ella debía ser uno de los objetos preferentes en los estudios de los literatos mexicanos. Hacemos el debido honor á los pocos que la cultivan; pero es preciso confesar una triste verdad, y es que esta hermosísima lengua está condenada al mas insensato menoscabo y esto en la República Mexicana que tiene en ella un tesoro inestimable. Pero ya se ve: tiene esta lengua la desventaja de que no se habla ni en Nueva York, ni en Londres, ni en Paris: si por allá se hablara no habria un colegio ni una escuela mexicana en que no se enseñara, y nadie diria que su filosofía se prueba con extravagancias como la de convertir un pliego de papel en líneas tiradas á lo infinito. ¡Quiera la Providencia conservar esa riquísima lengua hasta mejores tiempos en que no dominen en México las ilusiones por lo extrangero y se sepa apreciar lo que entre nosotros tiene verdadero mérito.—PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

MARAVILLA AMERICANA, Y CONJUNTO DE RARAS MARAVILLAS, OBSERVADAS CON LA DIRECCION DE LAS REGLAS DEL ARTE DE LA PINTURA EN LA PRODIGIOSA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MEXICO POR D. MIGUEL CABRERA.

§ V.

De cuatro especies de pinturas, que concurren maravillosamente en la imagen de Nra. Sra. de Guadalupe.

Ya se vé que fuera gran monstruosidad en la naturaleza que un individuo fuera compuesto de cuatro especies distintas de animales. Pues á la verdad, que poco menos diforme concibo yo en el arte un individuo, quiero decir, un artefacto ó pintura, en quien concurriesen sobre la superficie de un solo lienzo cuatro especies de pinturas distintas, que son las que se admiran hermosamente unidas en el lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe. Pero esto que á un humano artífice fuera impracticable por su mucha disonancia y no poco desabrimiento, vemos ya practicado divinamente en este virgíneo lienzo con tal gracia y hermosura, que por mas que yo lo exagere, no puedo decir tanto cuanto ello mismo dice, por el informe que da á los ojos de quien le mira. Mano mas que humana fué, á mi corto juicio, la que ejecutó en este lienzo las cuatro especies dichas, tan disímolas, como ya diré. ¿Y qué salió de esta inusitada junta ó combinacion de tan distintas pinturas? El todo salió asombro de perfecciones, pasmo

de belleza, suavidad, union, dulzura, y en fin, salió portento de el mas acendrado primor y valentia que se puede imaginar en cada una de las cuatro especies, que la componen: quedando en este divino retrato la pintura, jamás antes vista, como de un pincel todo del cielo, que supo unir y sacar lo disímolo, ó distinto de ellas el mayor conjunto de perfecciones de cuanto tiene bueno la pintura. Quien juzgare exagerativas estas expresiones, no ha visto con atencion la milagrosa imagen de Guadalupe: obsérvela con atenta reflexion, que entónces ciertamente me culpará porque digo tan poco de este divino encanto. Asi lo entiendo; pero digo tan poco, porque no sé decir mas.

Son las cuatro especies ó modos de Pintura que en Guadalupe se admiran ejecutadas, al *Oleo* una, otra al *Temple*, de *Aguazo* otra, y *labrada al Temple* la otra. De cada una de estas especies tratan los facultativo; pero de la union ó conjuncion de las cuatro en una sola superficie, no hay autor, no solo que la haya practicado, pero ni que haga memoria de ella; y yo pienso que hasta que apareció esta pintura de Guadalupe, ninguno la habia imaginado.

Están, segun parece, en el bellissimo retrato de la Princesa soberana de Guadalupe la cabeza y manos al *Oleo*; la túnica y el ángel con las nubes, que le sirven de orla, al *Temple*; el manto de *Aguazo*; y el campo sobre que caen y terminan los Rayos se percibe como de pintura *labrada al Temple*. Son estas especies tan distintas en su práctica, que requiere cada una de por sí distinto aparejo y disposicion: y no encontrándose en todas ellas alguno, como d jamos dicho, hace mas fuerza su maravillosa y nunca vista combinacion, y mucho mas en una superficie como la de nuestro lienzo: para mí es este un argumento tan eficaz, que me persuado á que es sobrenatural esta prodigiosa pintura.

Este mismo juicio me parece formará, sin alguna repugnancia, el menos inteligente en la pintura, instruido con una leve noticia de los cuatro modos dichos, que en ella se notan. La primera al *Oleo*, se ejecuta en virtud de aceites desecantes con union, firmeza y hermosura, para lo que ha de anteceder el aparejo: y ésta es la mas prodigiosa, que se ha hallado entre las jurisdicciones del pincel. La segunda al *Temple*, usa de colores de todas especies con goma, cola, ó cosas semejantes. La tercera de *Aguazo*, se ejecuta sobre lienzo blanco y delgado, y su disposicion es humedecer el lienzo por el reverso, sirviendo para los claros; de lo que se pinta el mismo que dá la tela. La pintura *labrada al Temple*, que es la cuarta, obra empactando y cubriendo en el mismo hecho de pintar la superficie; y pide que la materia en que se pinta sea firme y sólida, como tabla, pared etc. Porque de ser, como se ve en Guadalupe, dicen nuestros autores las despediria de sí por lo muy pastoso y cargado de los colores; tal, que por gastarse algo duras, no permiten manejarse con el pincel, sino con unas paletillas hechas para el fin de revocar la superficie. Estos son los cuatro estilos de pintar, que á nuestro modo se hallan practicados admirablemente en nuestro lienzo. Y del último entiendo, que nació aquel equívoco, que tambien yo padecí, de juzgar como aparejo ésta, que en mi inteligencia es cuarta pintura; lo que no tiene lugar por los motivos que dejamos dichos:

y si lo tiene el discurrir, que donde hay, ó se han contado tres especies, no hace ni debe hacer fuerza que se advierta otra; como tampoco la debe hacer, que los pintores antiguos no especificarán las cuatro pinturas dichas: bien que estos no faltaron á la verdad del juramento, porque afirmaron que parecia al Oleo, y parecia al Temple. En lo primero dijeron bien, por parecerlo la cabeza y manos, como tengo dicho; y en el segundo tambien: pues aunque estos otros tres modos ó especies de pintar son tan diversos en su disposicion y en su práctica, son todos tres al Temple: y así dijeron bien cuando afirmaron que parecia al Temple, y que parecia al Oleo.

¿Y quien dirá que la nunca vista conjuncion de estos cuatro estilos, ó modos tan distintos de pintar, tan bellamente ejecutados y unidos en una superficie como la dicha, es obra de la industria, ó arte humano? Yo por lo menos, tuviera escrúpulo de afirmarlo: porque sé lo insuperable que es á las humanas fuerzas, y el inmenso trabajo que esto por sí tuviera, por ser impracticable y en lo natural difícil, haber de conformar cuatro pinturas, en todo tan diversas en su disposicion, en su práctica, en la manipulacion de los colores, como es mezclarse unas con aceite, otras con agua y gomas, y en fin en la alta inteligencia, que cada una de por sí necesita para ejecutarse con el magisterio que aquí admiramos.

Yo he creido que si un artifice, el mas diestro y diligente, se pusiera á copiar esta sagrada Imágen en un lienzo de esta calidad, y sin ninguna disposicion, queriendo imitar las cuatro pinturas dichas, que en él al parecer se advierten despues de un grande y prolijo trabajo no conseguiria el fin; y esto se verifica claramente en las innumerables, que se hacen con todo esmero sobre lienzos bien dispuestos, y practicando una sola pintura, y al Oleo, que es la que se ejecuta con mas facilidad: de las cuales estoy persuadido, que hasta ahora no se ha hecho una, que perfectamente se le parezca; pues la mejor, puesta al lado de la original, nos hace creer claramente esta verdad.

§ VI

Del precioso oro, y esquisito dorado de la milagrosa Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Es el oro de que se viste la Emperatriz Soberana en su Sagrada Imágen, asombro, que no solo embelesa, sino que sorprende á los mas peritos artifices en esta facultad: porque es tan especial, de tan peregrina extrañez, y tan rara apacibilidad de color, que en cuanto vemos dorado de los mas aseados y cuidadosos artifices, y que en esto han puesto su mayor empeño, no se encuentra cosa que sin repugnancia de la vista se deje ver. Y en este rarísimo conjunto es al contrario; porque es tan igual con la soberana pintura, que ni se pudiera discurrir, ni hallar en lo humano especie de oro tan esquisito como él, y que tan bellamente se congeniara con esta prodigiosa pintura. Puedo asegurar que la primera vez que logré verla, me persuadí á que estaba el oro sobrepuesto, como si fuera en polvo, y que al mas ligero soplo ó con tocarla, habia de faltar de la superficie. De manera que cuando se me ha ofrecido responder á los que desean saber qué gé-

nero de oro es, el mas propio cotejo, que he hallado para esplicarlo, es decir, que se asemeja mucho á aquel que á las mariposas dió naturaleza en las alas, que pocos dejarán de haber visto. Sucede en estas lo que yo discurría, que habia de acontecer con el que sirve de agraciado adorno á Nuestra Señora; y es que al cogerlas sacuden en menudos ápices la mayor parte de su dorado, participando las manos que lo tocan mucho de él, por lo superficial que está.

Esto es lo que me pereció á la vista; pero habiéndoseme mandado que la tocara, lo hice con la reverencia que pide tan Divina Imágen; y con admiracion mia observé que es todo lo contrario; porque noté lo incorporado que está el oro con la trama, de tal manera, que parece que fué una cosa misma tejerla y dorarla, pues se ven distintamente todos sus hilos como si fueran de oro, aun mediando entre la vista y ellos el oro, el que se conoce estar bastantemente tupido.

Digo, que está bien incorporado: porque advertí que todo lo que está dorado, está tan unido al lienzo, que al tacto solo se puede conocer por la concavidad, que en él se percibe, como si estuviera impreso, cosa que hace notable fuerza; porque no hay, ni se encuentra en todo el lienzo material alguno de aquellos que se practican para el efecto de dorar, como es ciza ú otro semejante, que es lo que pudiera haber causado esta concavidad: verdaderamente que no se puede negar, que estas circunstancias solo pueden ser de una pintura sobrenatural, pues se conoce no estar hecha en aquel órden comun y regular que se practica.

Tiene la Santa Imágen dorada la túnica con unas flores de extraño dibujo. Compónense estas de una vena de oro, con la singularidad de que esta no busca las quiebras de los trazos ó cañones, sino que está seguida, como si fuera sobre cosa plana. Bien que el oro, en las partes donde está unida, se ve mas oscuro; por lo que no le hace falta para la gracia y hermosura. Tiene tambien dorada la fimbria de la túnica y la del manto: están doradas las estrellas y los rayos del Sol que viste la Santa Imágen: y tambien está dorada su real corona. En la labor de la túnica advertí un rarísimo primor: este consiste, en que está perfilada por el contorno y dintorno, cosa que hallo por imposible que ningun hombre hiciera; porque es el perfil como del grueso de un pelo poco mas, y es tan igual, y con tal aseo y primor, que solo acercándose se percibe: por cuya dificultad, é imposible de ejecutarlo en el modo que se ve, discurro que se ha omitido en las imágenes que se han hecho y se hacen; al menos yo hasta ahora no he visto ni oido, que se haya practicado.

Tambien reflexé, que el Oro de la túnica no tiene aquel brío, que se ve en el de los rayos. Y queriendo averiguar el motivo, hallé no ser otro, que la continuacion de tocar imágenes, así en láminas como en lienzos, y como cuando esto se toca es al sagrado bulto de Nuestra Señora, de aquí es, que ha perdido este oro aquel lustre, que en el de los rayos se advierte.

Y volviendo á los perfiles, digo, que aunque no por ambas partes, sino solo por la de afuera, están perfiladas las fimbrias del manto y la túnica con un perfil oscuro, poco mas grueso que el canto de un peso, hecho con bas-

tante dibujo y primor; pues sin agravio de la pintura le hace salir bellamente: cosa que ha dado que admirar á todos los profesores de esta facultad.

§ VII

En que se desatan las objeciones que han opuesto á nuestra bellissima pintura.

La mas sólida y eficaz respuesta á cuantas objeciones han opuesto, y pueden oponer á nuestra maravillosa pintura, es ella misma: pues yo se muy bien, que vista con atencion, no hallarán los mas linceos ojos, cosa que no sea una cabal construccion del mas perfecto todo, que jamas admiró la pintura. Habrá muchos, que sin poder lograr la dicha de ver de cerca este prodigio, tenga la desazon de oír del menos inteligente ó poco advertido las objeciones, que le oponen. Responderé al que las puso brevemente, solo con decir, que miró con menos atencion á nuestra bellissima Guadalupeana. Y para los que sin haber visto á su Magestad, acaso las oyeron, las pongo en este paragrafo desatadas.

Sea la primera aquella que asegura que no está en arte, por pisar fuera de la línea perpendicular. Respóndese á esto, no haber tal defecto en nuestra Soberana pintura; lo que sí se infiere de aquí es, que en aquellos tiempos no habia pintor alguno en México que supiera el arte, pues á haberlo, no se hubiera cometido el yerro de haber asentado mal en el bastidor un lienzo de tanta veneracion y respeto, que es el motivo de que esté caída un tanto quanto para un lado la Santa Imágen; lo que se puede conocer y corregir levantándola dos dedos poco mas ó menos por él izquierdo, y entonces la verémos pisar perpendicularmente sobre la línea que el arte nos previene.

En la segunda se asienta: que la pierna izquierda de la rodilla para abajo aparece corta, y no corresponde á su perfectísimo todo. Para persuadir lo contrario, es menester advertir, que tenemos en la pintura unas operaciones que militan bajo los preceptos de la perspectiva, que comunmente llamamos escorzos, que no es otra cosa, que estrecharse ó ceñirse la longitud ó extension de las cosas al breve espacio de su degradacion. Y teniendo nuestra Señora retirado el pié izquierdo, por pisar sobre el derecho, necesariamente habia de resultar en la pierna aquel escorzo, que tuvieron por defecto, siendo lo contrario; pues antes es, y se conoce visiblemente proporcion muy debida al movimiento ó actitud en que está.

La tercera es: que las manos de nuestra Señora no corresponden á su estatura. Bien sabido es, que en las mujeres bien proporcionadas es gracia el tenerlas pequeñas; así lo asientan nuestros autores, y con ellos la naturaleza, que es la pauta y objeto de la pintura; nos manifiesta y enseña, que desde la muñeca, quiero decir, desde el nacimiento de la palma, hasta la extremidad del dedo, comunmente llamado del corazon, hay dos tercios y medio, estos tiene nuestra Señora medidos con los tercios de su rostro, como lo he observado: luego esta objecion es falsa.

La cuarta es: que el hombro derecho está mayor que lo que pide la buena simetría. Lo he medido con todo cuidado, haciéndome cargo de la Estatura de la Señora, y de lo que tercia su sagrado cuerpo, y está conforme á las buenas proporciones, que nos enseñan en su teórica nuestros escritores.

En la quinta objecion se asienta: no estar en arte las luces en nuestra pintura, por estar encontradas. Es precepto facultativo, que la luz ó luminar, que se eligiere para una pintura, ha de ser uno, y el que presida para la regulacion cierta del claro y oscuro, sea la historia de una ó mas figuras, sin que se admitan para su composicion otras, que no sean aquellas inferiores, causadas de alguna reflexion; pero cuando las circunstancias de la historia que se pinta, demandan otra eleccion de luces, tal como la que vemos en nuestra celestial pintura, pues recibe tantas cuantos rayos del Sol la rodean, no se deben, ni pueden guardar estos documentos: con que podemos decir, que en lo incierto de las luces está su mayor artificio, pues sin embargo de estar encontradas, resulta en su pintura aquello que llamamos buena colocacion ó eleccion de claro y oscuro: y es lo que sienten unánimes todos nuestros mas inteligentes profesores.

Finalmente, es falsa la sexta y última objecion, en que se dice, que por estar perfilada no está en arte. No nos debia hacer fuerza esta objecion, si antendésemos á que los perfiles no le quitan el buen gusto á esta pintura; que es el motivo por qué los pintores insignes han procurado desterrarlo así en sus obras como por sus escritos; antes sí le agregan cierto no sé qué de gracia, que no hemos podido imitar, aun poniendo todos los medios para ello; de que se infiere que los perfiles hacen mas creíble el prodigio, pues ninguno la ejecutaria con ellos, porque le resultaria una pintura totalmente desgraciada; y lo que aquí admiran los inteligentes no es eso, sino una obra de gran magisterio y arte, como lo confiesan todos y lo hace creer la misma celestial Imágen.

A estas se reducen las notas tan comunes, como mal fundadas: por lo que seria una indiscrecion dar mas crédito á lo que nos dicen en este asunto, que á lo que vemos; y mas cuando el mismo original nos manifiesta con tanta claridad lo que hemos procurado persuadir, asegurándonos en su primoroso dibujo lo incierto de las objeciones dichas, las que tienen contra sí en él la misma verdad, que las desluce.

Habia pensado pasar en silencio una refleja, que se ha hecho acerca del manto de nuestra Señora, que aunque no es contra el arte ó dibujo, es sin embargo contra la permanencia de sus colores. Fundase esta, en que hoy vemos el manto de nuestra Imágen en un color, que ni es azul, ni es verde; pero participa de ambos, siendo muy fino en su especie. De este han discurrido, y no pocos, que fué en su origen azul; yo por lo menos, ni lo he pensado, ni juzgo que fuese así: y abonará este mi pensamiento el bellissimo ángel que tiene á los piés. Manifiéstanos este en sus hermosas alas un azul tan lucido y tan fino, como si se acabara de hacer; y decia yo, que así como este ha permanecido sin descaecimiento alguno, así tambieu permanecería el del sagrado manto, y no estuviera en aquel color azul verdemar, en que hoy la vemos.